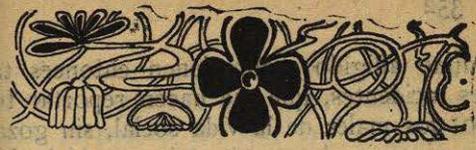


Adios Manuel mio. Pide el estofado
anchos para tu amigo, porque tambien
los necesita...
Post Data...
Regino, por fin, ha cometido la villanía
de irarse anoche como yo habia co-
menzado a sospechar. Ni lo puedo entrar
en ningún detalle, porque esta carta va
caminar ahora mismo, que son las seis
de la mañana. Considera no más cómo
me habia dejado este diablo sucio y con
pudores de cas desgraciado. Adios otra
vez.

Antonio A. Manuel



no se el escrito nunca a praxionar...
seguro la combenir poco tal que ha ob-
servado respecto de un atrancándose con
totalmente de los plazos de un amigo
que se amaba tanto, largarse in gran-
mente y abandonando compromisos que
convenia de no en el caso de que
dado todo se interese, porque tuvier
se hecha de salir fuera de estos muros
a que me he resignado en esta parte de
tuos muros dolorosa. Te reitero mi
amor y cariño.

CARTA XIV.
ANTONIO A MANUEL.

S. Lázaro, 25 de Junio de 1824.

Querido mío. Si no fuera por las re-
flexiones consolatorias del buen rapellán
y del respetable Dr. Frutos, que hubo, en
fin, de volver á la tranquilidad de su casa,
mi situación sería hoy de todo punto in-
soportable, después del desgraciado su-
ceso de Regino. ¡Dios mío! Cuando yo
me creía libre, en lo posible, del funesto
efecto que engendran las raras combina-
ciones de una vida agitada; cuando es-
peraba que aquí, en mi horrendo destie-
rro, sólo me vería frente á frente con mis
dolencias físicas, y con uno ú otro recuer-
do que al cabo lograría extirpar de mi

ánimo afligido; sobrevienen entonces tales incidentes, que me hacen reportar todos los males de la vida social, sin gozar de ninguna de sus ventajas. ¡Ah! Yo no sé si acertaré nunca á perdonar á Regino la conducta poco leal que ha observado respecto de mí, arrancándose cautelosamente de los brazos de un amigo que le amaba tanto, fugándose indignamente, y dejándome comprometido en el concepto de las personas que, en obsequio mío, se interesaron, porque tuviese licencia de salir fuera de estos muros á que la policía le había confinado, á fin de que su mansión en San Lázaro le fuese menos dolorosa. Te referiré circunstanciadamente lo acaecido, puesto que en la breve "postdata" que añadí á mi anterior carta, apenas tuve tiempo de anunciarte el hecho de la fuga de Regino, sin entrar en ninguno de sus pormenores.

Recuerdo haberte dicho que le sorprendí hablando con un marinero de mala y siniestra figura, que estaba arrimado á la parte exterior de su ventana, circunstancia que me pareció tanto más sospechosa, cuanto que el mal catado marinero desapareció del sitio, apenas sus ojos torvos se encontraron con los míos. Regino, sin curarse de volver la vista hacia donde yo andaba, sintió mis pasos en el aposento, y permaneció indiferente miran-

do á la mar, como si tal cosa ocurriera. Confieso que me asaltaron vehementísimas sospechas de que mi desgraciado amigo estaba maquinando su evasión, con la ayuda de algún extraño que se celaba de mí. Desde su entrada en el hospital, triste y melancólico habitualmente, sólo tenía estrechas relaciones conmigo, y ninguna con los de fuera. Huía de todo el mundo, y aunque al fin le ví alternando con el hombre misterioso, no me figuré que extendiese más allá la esfera de sus comunicaciones. Por tanto, después de aquella sorpresa, sin participar á ninguno de la casa mis conjeturas, resolví ponerme á la expectativa, é impedir, si fuese posible, que mi pobre amigo se escapase, sin más razón que evitarle el inminente peligro de volver á los extravíos y excesos de que se hallaba libre en el hospital, por beneficio de la Providencia.

Luego que cerré y sellé las cartas que habían de dirigirme á Mérida al siguiente día, tomé un libro bajo el brazo, coloqué una silla en la puerta del hospital por la parte de afuera, arrellanéme en ella, y fingiendo leer, no hacía yo sino, observar escrupulosamente todo cuanto pasaba por aquellas cercanías. Aún no se había puesto el sol, pero espesos y negros nubarrones interceptaban sus ardientes rayos: las aves marinas revoloteaban aquí y allí: le-

vantábanse fuertes ráfagas de viento; y había señales ciertas de una próxima tempestad. Los leñadores y algunas gentes del campo caminaban más que de prisa para alcanzar las casas del barrio, y librarse de la lluvia que amenazaba. En medio de aquella agitación, de aquel movimiento general, una persona sola, cuyas facciones me era imposible distinguir por la distancia, permanecía inmóvil en la zapata de San Fernando, vuelta la cara al hospital, como en actitud de examinar atentamente lo que allí pudiese ocurrir. Esta persona, pues, excitó mi curiosidad y provocó de nuevo mi vigilancia, porque esto rayaba en lo serio. Corrí á mi aposento en busca de un pequeño antejo, que sin llamar la atención de nadie podía servir perfectamente para el objeto que yo me propuse. En medio minuto estaba de vuelta en mi puesto; pero ya no ví en el suyo al hombre á quien deseaba reconocer. Mi primera idea fué dirigirme á San Fernando, registrar el edificio por dentro y fuera, y asegurarme de la identidad de aquel hombre con el marinero que una hora antes tenía pláticas con Regino. Pero reflexioné luego que este recurso sobre comprometerme con un sujeto desconocido, cuya conducta no me tocaba censurar, sería del todo inútil, supuesto que yo me había hecho el ánimo de evitar por mí sólo la evasión de Regino, sin que inter-

viniesen las gentes de la casa, por temor de que una funesta equivocación llegase á causar á mi desventurado amigo un mal todavía más grave del que yo realmente me temía. Mi perplejidad se aumentaba por instantes, y no sabía yo qué partido sería el más prudente, para adoptarlo en semejante conflicto.

Engolfado me hallaba en estas cavilaciones, cuando maquinalmente fijé el pequeño antejo que tenía en la mano sobre una de las muchas canoas pescadoras que hacían fuerza de vela por atracar á la playa, antes de que el chubasco pudiese en riesgo de perderse, sozobrando ó estrellándose contra la playa pedregosa de sotavento. Extraordinaria fué mi sorpresa cuando distinguí, apoyado al pie del diminuto mástil del equipaje, á un hombre que, por el traje y la cachucha de piel, reconocí perfectamente ser el misterioso personaje, cuya aparición desde el primer día había producido en Regino y en mí una revolución tan completa é inusitada. Y creció más mi admiración, cuando en aquel propio instante, pasando junto á mí sin mirarme, salió Regino embozado en un capotón de barragán, sin que le detuviesen los signos precursores de la tempestad, que, en efecto, á pocos segundos estalló en millares de relámpagos, truenos, viento impetuoso, y un aguacero que sólo hubo de cesar hasta pasada la media noche.

Habría querido salir en pos de Regino y hacerle volver, de grado ó por fuerza, so pretexto de aquella horrible borrasca que ya teníamos encima. Más el pronto y fulminante desarrollo de ésta no me dió lugar para nada, y temí lanzarme en persecución del pobre mozo sin esperanza de conseguir mi objeto en medio de aquel desorden espantoso de los elementos á lo cual podía agregarse la resistencia desesperada del fugitivo. Además, yo había perdido la dirección de sus pasos, porque le ví tomar el rumbo que guía á espaldas del edificio, seguramente para no excitar mi curiosidad, y desorientarme si yo intentaba seguirle. Casi tenía cierta certidumbre que en esa intempestiva salida no llevaba más objeto, sino el de fugarse. Nada podía remediar, sin embargo, pues aunque el mal temporal me hubiera permitido dar algunos pasos, yo no sabía, á punto fijo, cuál podía ser el sitio en que iba á reunirse con los que le facilitaban su evasión. Lo que me pareció indudable fué que el hombre misterioso tenía una parte muy activa en este suceso. Cómo y con qué fin, eso no sabría yo explicármelo.

Entre tanto la noche cerró enteramente; la tempestad seguía bramando é iba en aumento; el mar, azotándose contra la playa vecina multiplicaba la confusión, los enfermos estaban recogidos, los em-

pleados de la casa dormían, y sólo el padre capellán sentado en un sillón junto á la puerta de su aposento observaba y vigilaba la casa mientras venía la hora en que la puerta exterior del edificio había de cerrarse definitivamente. Me veía ir y venir de un extremo á otro de la galería, entrar y salir de mi habitación; y conoció al cabo que yo era preso de alguna oculta agitación, ó tal vez se figuró que yo también quería fugarme. Con mucha discreción, acercóse hasta donde yo me hallaba, tomómelo las manos y, á la escasa luz de un farolillo, observó, sin duda, alguna alteración en mis facciones.

—¡Qué hay mi buen Antonio! exclamó: Vd. se encuentra agitado. ¿Sufre Vd. alguna cosa, amigo mío?

—Yo..... nada. Estoy.... un poco triste.

—¡Vamos! Vd. se impresiona muy fácilmente. Ya entiendo: la situación de Regino tal vez le tendrá consternado y afligido de esa suerte.

—Muchísimo, padre mío, se lo confieso de todas veras.

—Tenga Vd. un poco más de sangre fría. Lo que Vd. observa y á mí no se me ha escapado; es alguna crisis moral que terminará en bien. La melancolía y el consiguiente abatimiento del espíritu, males son harto frecuentes en esta casa. Pero todo eso se extinguirá al fin: el en-

fermo se habitúa á verse en su deplorable estado, pasa la novedad, la religión y la filosofía vienen en seguida, y todo desaparece. ¿No lo ha probado Vd. por sí mismo?

—Sí, padre mío; pero lo que yo me temo es que á Regino le haya sucedido algo peor que una crisis.

El capellán me miró un tanto azorado. Luego hizo ademán de dirigirse al aposento de Regino.

—Es inútil que Vd. vaya á buscarle allí, continué. Regino está fuera del hospital.

—¡Válgame Dios! ¡Fuera del hospital, en medio de un tiempo semejante... después de los riesgos y trabajos de la noche pasada! Esto rayó ciertamente en locura si vió venir la tempestad y se quedó fuera. No se aflija Vd. por esto; ahora mismo lo remediaremos.

—Es el caso que se ha marchado en el momento mismo en que comenzaba, pues no parece sino que de propósito salió á desafiar á los elementos.

—¡Este Administrador que lo permite, siendo tan notorio el extravío de ideas del desgraciado muchacho!

—Acaso habrá salido sin permiso: yo tengo motivo de creerlo.

—Entonces preciso es dictar algunas medidas para averiguar su paradero.

Alarmóse el administrador luego que se enteró de lo que ocurría. Al momen-

to se pusieron en pie los criados de la casa, y, sin embargo de que diluviaba, marcharon en busca de Regino, tomando varias direcciones. Yo conseguí á fuerza de instar mucho el que se me permitiese salir también en demanda de mi amigo.

Todo fué inútil.

Después de las más diligentes pesquisas, que extendimos hasta la plazuela de San Román, volvimos á las dos de la mañana al hospital, sin haber hallado vestigio alguno de Regino. La fuga se había consumado, y sepa Dios si alguno llegó á creerse cómplice en ella.

Entre tanto, me deshacía en conjeturas á cual más extrañas. En aquellos momentos estaba yo realmente airado contra Regino, y su conducta, no solamente me parecía villana é indigna, sino gravemente criminal. Los antecedentes que ya tenía, y que no había comunicado á persona alguna, me llevaban á creer tales cosas que me horrorizaban. Verdad es que intervenía en aquel suceso una persona que, según todas las apariencias, se hallaba revestida de los más nobles y elevados sentimientos, y cuyo sólo aspecto predisponía en favor suyo. Pero también yo había visto á un marinero de siniestra figura tomando una parte muy activa en aquel escándalo. Un tropel de encontradas ideas me asaltaban, y no podían fijarme en una sola, que me pareciese plau-

sible. Recordaba aquellas palabras fatídicas del misterioso personaje, cuando me dijo conmovido que su misión sobre la tierra era la de repartir el mal en donde quiera que se presentaba: que su corazón era bueno y sensible; pero que un genio maligno, un demonio invisible le constreñía á hacer daño á todo el mundo. Comenzaba yo á entrever al través de aquel extraño lenguaje, cierto abismo peligroso, infernal, que podía tragan á mi desventurado amigo, sin esperanza de remedio. Porque esas palabras, significaban algo seguramente, y no podían ser vertidas al acaso cuando salían de lo más profundo del corazón y en un momento solemne é imprevisto. Sobre todo; esas palabras, palabras eran de acusación, de remordimiento y de dolor. ¿Eran un grito de maldición, lanzado por un réprobo?.....

En fin, yo esperaba con ancia que el día viniese para fundar mejor mis conceptos: esto iba á depender ya de una circunstancia que á mi juicio tenía estrecha conexión con la fuga de Regino. Arrojáme, pues, en el lecho: rebullíame en él sin descanso, y despabilado contaba los instantes que faltaban para que el sol se elevase iluminando completamente todos los objetos de la tierra. Cuando yo creí llegado el momento, incorporéme, vestíme de prisa y, con el antejo en la mano, corrí á situarme en un punto con-

veniente desde el cual pudiese registrar todo el puerto y los objetos que en él hubiese. Miré..... ¡Ah! Yo lancé entonces un hondo gemido de angustia inexplicable.....

.....
 Aquella embarcación lejana fondeada en la bahía desde muchos días atrás, había levado ancla, largado velas y echádose á la mar. Allá en los confines del horizonte aparecía un punto blanco y casi imperceptible. Allí seguramente iba Regino, y volvía á la infame vida de los piratas. ¡¡Infeliz!!

Vuelto al hospital, y con el ánimo triste y abatido, escribí la "postdata" de la última carta, que te dirigí en aquel día aciago.

Más de seis horas permanecí en una especie de letargo doloroso. Tantas protestas, tantas lágrimas, tantos consejos saludables..... ¡Todo se había malogrado! Yo que con tanto entusiasmo había recibido á aquel mi nuevo amigo: que había esperado que esa amistad fuese eterna, y que juntos partiriámos los horrores del destierro.... ¡Ay de mí! Yo volvía tristemente á mi soledad antigua. El capellán vino en mi socorro, y procuró sacarme de aquel profundo abatimiento. Pero en pos de Germán había marchado Regino: ya me parecía que comenzaba á disolverse la única cadena, que en el

hospital había vuelto á atarme el carro de la vida. ¿Sería esto un mal? ¡Apiádesse Dios de las pobres criaturas! Parecíame marchar á grandes pasos hasta la orilla eterna del olvido. . . . hasta la muerte que, fiera y sañuda, volvía de nuevo á abrirme sus secos y descanados brazos. ¡Ay! qué horas Manuel mío, que horas de tormento! El cielo recompense á este santo y caritativo sacerdote, por su filantropía y amor á la miserable humanidad. Yo le debo el haber vuelto en mí de aquel profundo decaimiento, que podía haberme acarreado lamentables resultados.

Cuando salió Regino, la vez postrera, dejó en el mío, la llave de su aposento. Era ya entrada la noche cuando hubé de verla, y al punto me vino el deseo de registrar aquella habitación, para cerciorarme si, al partir para siempre, Regino se había acordado de que un amigo suyo quedaba entregado á todos los horrores de un cautiverio, que ya en adelante le será acaso intolerable. Con las lágrimas en los ojos y la angustia en el alma penetré en aquel solitario recinto, en donde habíamos pasado juntos tantas horas, procurándonos recíprocamente todo linage de consuelos, y aprendiendo, en la escuela del dolor y del sufrimiento, á sobrellevar los males de la vida. Sobre la mesa había un libro: dentro del libro un billete escrito para mí. Devoré aquellas

pocas líneas, que no hicieron, sino aumentar mi consternación. He aquí su contenido.

“Incomparable amigo mío! Conozco que todas las apariencias van á perderme en el concepto y estimación del único hombre en la tierra, á quien yo amo y respeto. ¡Antonio mío! Perdóneme Vd. si he abrazado un partido peligroso, sin consultarle para nada, ni manifestarle mis intenciones. El cielo me es un buen testigo, del esfuerzo que he hecho en esta tremenda lucha conmigo mismo. No he podido remediarlo. No está en mi mano resignarme á pasar mis años en esta prisión espantosa. La Divina Providencia me ha deparado un medio de salir. . . . y yo he debido aprovecharme de ese medio para proporcionarme la salud, perdida aquí sin esperanza; y. . . . tal vez para proporcionársela á Vd. también. Adiós, mi querido Antonio. Yo prometo á Vd. que nos volveremos á ver, tan pronto como sea posible.—Regino.”

Si algún resto de duda podía haberme quedado acerca de la fuga de mi pobre amigo, después de haberse practicado todas las diligencias posibles en averiguación de su paradero, este billete, y la seguridad con que estaba escrito, disipaban todas mis esperanzas. ¡Mancebo infeliz! Lo que seguramente era un castigo del cielo, llegó á figurárselo como un

medio que le deparaba la Providencia, para proporcionarse ese inestimable tesoro, cuyo precio sólo puede conocerse después de perderlo miserablemente en los extravíos de una juventud disipada, recibiendo en recompensa un veneno mortífero y roedor. ¡No ha podido resignarse á pasar sus años en este cautiverio, en esta tumba de los vivos! Tiene razón: es muy difícil, en verdad, conseguir de lleno la resignación tan indispensable para no sucumbir luego, luego bajo el peso del "¡para siempre!" que á tal punto horrorizaba á mi pobre Regino.

Y como si temiese haber clavado un puñal agudo en mi corazón, dejándome abandonado á mi dolor y á mi agonía, quiso abrir la puerta á mis locas esperanzas, anunciándome, que tal vez, mi salud podría volver de resulta de aquella fuga. ¡Oh! A no haber llegado á convergerme de que este mal es incurable: á no haber recibido tantos desengaños, acaso podría caer en la masa de un error tan funesto, que me ofuscase, me dejase ciego y envuelto en perdurables tinieblas. Sin embargo. . . . ¿por qué te lo he de ocultar, Manuel mío? Algo pasa aquí, aquí en lo más recóndito de mi corazón, que produce en mí cierta ansiedad, cierto deseo vago de que Regino cumpla con sus palabras, vuelva á verme y á sacarme de estos horribles calabozos, tanto más for-

midables, cuanto mayor es el empeño de que no parezcan tales al miserable leproso confinado en ellos. ¡Yo no se! Este joven predestinado al mal, no sólo ha cometido un crimen abominable con exponerse de nuevo y voluntariamente á los peligros de la vida infame en que pasó sus primeros años; sino que. ¡Dios se lo perdone! ha emponzoñado mi existencia, sobre la cual siento apesarse una nube siniestra, preñada de infortunios y tribulaciones. ¡Ya no hay paz ni tranquilidad de ánimo!

Apesar de todo, yo conozco que la Providencia no me ha abandonado á mí mismo, y que no me escasean sus beneficios. Hace hoy ocho días justos, que un sirviente vino á anunciarme, que un caballero solicitaba por mí. Arreglé mis vestidos, salí del aposento, y encontréme con el doctor Frutos, ese respetable médico que contribuyó eficazmente á hacerme llevar esta vida de San Lázaro. Su presencia en aquellas circunstancias, fué para mí de un alivio inexplicable. Yo creí ver un rasgo de contento y satisfacción en aquella fisonomía, siempre franca y expresiva, siempre radiante de amor al prójimo. Abrazóme con la mayor ternura y comenzó á examinarme.

—¡Ya Vd. lo ve, mi joven amigo! díjome en tono de reconvencción, después de haberse cerciorado de mis alivios. Es-

to marcha, á gran prisa, á una mejoría notable.

—¡Pero yo nunca me pondré bueno, mi querido doctor! exclamé, saltándose-me las lágrimas.

—¡Sólo Dios puede saberlo! me repuso con alguna emoción. Sin embargo, prosiguió; la enfermedad se va ocultando, y todavía es muy factible que viva Vd. . . . hasta cuarenta años más, sin mayores sufrimientos.

—¡Y el funesto gérmen circulará siempre en mis venas!

¡¡Todos los séres vivientes llevan consigo el gérmen de la muerte y de la destrucción!! La misión de la naturaleza es la de perpetuar las especies, no los individuos.

—Yo, entre tanto, permaneceré encerrado en este hospital, por todos los días de la vida, sin esperanza de volver á la sociedad de los hombres.

—¡Qué sabemos, mi joven amigo! Tales hábitos podría Vd. llegar á adquirir; podría Vd. acostumbrarse de tal suerte á consolar á los pobres enfermos, que al cabo hallaría Vd. en esto una verdadera satisfacción y un placer mucho más puro, que los que busca en esa ruina y preocupada sociedad, á cuyo seno quiere Vd. volver. Las miserias del género humano bien merecen éxitar nuestra compasión y dedicarle algunos cuidados y des-

velos. La recompensa de esto, la hallaría Vd. en éste y en el otro mundo.

Yo no pude menos que reflexionar algunos instantes en las promesas de Regino, mientras el buen doctor razonaba de aquella suerte.

Referíle la evasión de aquél, y se mostró admirado. Más lo estaría si supiese todo lo que yo sé, y sospechase todo lo que yo sospecho con tantos fundamentos. Hablamos muy largamente sobre Regino y conociendo, sin duda, que la melancolia que había vuelto á apoderarse de mí, dependía en parte de aquel suceso deplorable, usó de un lenguaje lleno de razón y de fuego para consolarme. Ya te lo he dicho en otra vez: el doctor Frutos no sólo es un médico insigne, sino también un profundo moralista. Despidióse, y no ha faltado á verme diariamente, prodigándome sus consuelos.

Nada sé acerca del paradero de mi viejo Germán, cuya falta, en esta ocasión, me es doblemente dolorosa. El resultado de todas mis averiguaciones, ha sido el de sacar en claro que está ausente de la ciudad y sus cercanías. ¿A dónde ha marchado y con qué objeto? He aquí un misterio que no puedo penetrar.

En la plácida mañana de ayer tuve algunos momentos de distracción y, si cabe, de placer. El cielo estaba hermosísimo, y reinaba una brisa suave y agra-

dable. Derepente se cubrió la bahía de una multitud de lanchas y canoas: los buques mayores desplegaron todas sus velas, é iban y venían de barlovento á sotavento, sobre las ligeras ondas de este mar en leche. Resonaban gritos y aclamaciones de alegría, acompañados de músicas y cánticos armoniosos. Parecía aquello un lago encantado. Era el día de San Juan, y las familias salían á voltejear en el puerto.

Adiós, Manuel mío. Aunque yo quisiera disimular el estado de mi espíritu, no podrías menos de traslucirlo en esta carta. No te des por entendido, pues, con mi buen padre. Cuida mucha de su salud, ámale, y no te olvides nunca de este pobre prisionero. Adiós, otra vez.



CARTA XV.

EL DR. FRUTOS A D. PABLO.

Campeche, junio 28 de 1824.

Mi dueño y amigo. He visitado á nuestro querido Antonio, y puedo asegurar á Vd. que durante mi ausencia, se ha mejorado tan considerablemente, que al volver á verle, me pareció otro hombre. Está pálido y endeble; pero las manchas de su cuerpo, las úlceras, la contracción de los dedos y la lividez de sus labios, todo ha desaparecido, sin dejar más que uno ú otro vestigio superficial. Es verdad que sus ojos brillan como si fueran de fuego: que su pulsación es rápida: que su piel es una brasa; y que su aliento que-
ma, todo lo cual indica que el mal existe y